

# 11

poemas de

# JAIMÉ SILES

LEÍDOS EL 12 DE ENERO DE 2010 EN  
LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES



POESÍA EN LA RESIDENCIA



## ÍNDICE

5	Poética dedicatoria
7	Muelle de poniente
8	El colibrí atardece
12	El tiempo del diamante
13	Yoyear
15	El jugador de póker
17	Retrato de ausentes
22	Jazmines en Florencia
24	Hacia la flor perpetua
26	Sucesión de desnudos
28	Plaza de San Pedro en Faro
29	Nota biográfica



## POÉTICA DEDICATORIA

Aquel acto de habla  
que lleva las palabras  
más allá del lenguaje,  
más allá del pensar;

que cree que lo que dice  
no lo dice quien habla  
sino que es pronunciado  
por otra identidad,

por la que quien nos habla  
se disfraza de habla  
para que la palabra  
se quite su disfraz

y lo que quede sea  
el yo de lo que habla  
al yo de la palabra  
que nunca es nadie más.

A ese yo del habla  
que es todas las palabras  
más allá del lenguaje,  
más allá del pensar,

donde el poema habla  
sin voz y sin palabras  
un extraño lenguaje  
que es otra identidad.

Al balbuciente dios  
de todas las palabras  
que enmudece su habla  
y oculta su callar.

Al dios que ya es el habla  
de las mismas palabras  
y a ti, Ignacio  
Prat.

(De *Colección de tapices*, 2008)

## MUELLE DE PONIENTE

Van las horas limando lentamente  
este lento lugar ensimismado,  
este jardín de jade jaspeado  
y este inútil vivir. En el poniente  
de la vida, ¿qué hay, desde qué lado  
puedo mirar hundido en la corriente  
lo que ya fue, lo que yo fui, lo que ha quedado  
de su fluir voraz? Inútilmente  
veo la luz difusa de la tarde  
cómo se agita y fulge y brilla y arde  
mientras todo en su entorno se diluye  
y miro lo que muere y lo que huye  
como yo por el filo de la tarde.  
De nada servirá el ser valiente,  
de nada servirá el ser cobarde,  
si todo lo que soy es lo que fluye,  
si todo lo que soy es lo que arde.  
De nada servirán, no, no, de nada  
este yo, este día y esta tarde.  
Todo se irá y, tal como ha venido,  
regresará, regresará más tarde.

(De *Colección de tapices*, 2008)

## EL COLIBRÍ ATARDECE \*

Un punto de rubí  
sobre la arena roja  
señala al colibrí  
que se deshoja  
—pluma u hoja—  
en la lágrima oculta en el tapiz  
que acelera el ritmo de las cosas  
y las rosas son de pronto rosas  
como yo soy este yo que habla aquí.  
Para ti he tejido este tapiz,  
para ti he cortado estas rosas,  
para ti el veneno de las cosas  
ha dejado de pronto de existir.  
Sí: así, así, así, así  
estoy oculto en esta y  
que anuncia identidades peligrosas  
sobre un sinfín de voces acuosas  
en que faunos y ninfas reposan  
en la fuente de mármol de un jardín  
reflejado en el fondo del tapiz  
en el que los sátiros no osan  
desnudar el sentido de las cosas  
ni descorrer la luz de su raíl;  
en que cada palabra es un desliz  
resbalado del río de las rosas  
que el colibrí deshoja  
—pluma u hoja—  
del rizoma del aire para sí.  
¿Dónde estaba, dónde estuve, dónde vi  
aquel plumaje de su nieve roja  
herir los cuerpos y borrar las cosas  
de raíz? De raíz fue arrancada, de raíz  
toda la sustancia numinosa  
de todo aquel verano raro y rosa  
que, como su espuma misteriosa,  
para siempre, para siempre, yo perdí.



Dime, dime, di  
de qué color de nada era la rosa  
que, como una naciente nebulosa,  
entre las olas y la luna vi:  
¿era la muerte aquella silenciosa  
paseante nocturna presurosa  
que sostenía un cáliz y una rosa  
y bebía del vino de la diosa  
entrevista en la niebla de perfil?  
No: no era a nadie, no era a nada, no era a mí  
a quien la breve luna temblorosa  
rodeaba de estaño perla y rosa,  
como a un objeto a punto de morir.  
No: no era a nadie, no era a nada, no era a mí  
a quien aquella tinta temblorosa  
esparcía en página o en hoja  
para que la comiera el colibrí.  
El colibrí de soja y de rubí,  
el colibrí de seda sinuosa,  
el colibrí de verdes sombras rojas  
que atraviesa la tarde porque sí.  
Quien se busca a sí mismo sólo así  
encuentra este teatro de la noche  
en el que las bengalas son el broche  
de todo lo que había que decir.  
Bengalas o rizomas, dime, di  
si es esta pedrería de la noche  
lo único que existe siempre en ti:  
porque quiero saber si no o si sí  
el espectáculo es este derroche  
de palabras dispuestas como un broche  
que abren y cierran lo real en sí;  
porque no hay otra tumba que el marfil  
ni hay otra nada que esta rosa  
cuando la vida anula cada cosa  
y el pensamiento es la cosa en sí.  
¿Por qué, por qué, por qué llegar aquí?  
¿Por qué anegar el río de las rosas?  
¿Por qué negar la nada de las cosas

y decir sí a sólo su decir?  
Decir no o decir sí  
es el lento veneno de las cosas  
como el lento perfume de las rosas  
es el rumor que extienden desde sí.  
Estoy delante de la tarde roja  
mientras el colibrí que la deshoja  
no sabe que lo miro desde aquí:  
va mordiendo las flores de un jardín  
que sólo existe en el espacio  
que está tallado dentro del topacio  
de las gredas y granos del maíz.  
Está ahí  
la muerte que camina con mis pasos  
por la sangre de todos los ocasos  
de los soles y cielos que perdí.  
Está ahí  
disuelta en la sangre del ocaso:  
no tiene tiempo porque va de paso  
y no huele las gotas del jazmín.  
Está ahí  
la muerte que camina con mis pasos,  
la que licuó la luz de los ocasos  
y se hizo topacio en el maíz.  
Escucho en la penumbra de un jardín  
como una melodía silenciosa  
de pétalos caídos de una diosa  
movidos por la luz de un violín:  
suenan como los saltos de un delfín  
en el agua sedienta de los pasos  
que la luz difumina en los ocasos  
y la luna disuelve en su confín.  
De zinc, de zinc, sólo de zinc  
es la lenta penumbra de los pasos  
dados sobre el tapiz de los fracasos  
de una noche de ónice sin fin.  
Por fin, por fin, por fin  
llegar hasta la nada paso a paso  
renaciendo y muriendo en cada ocaso

entre las turbiedades del decir.  
Decir, decir, decir: decir acaso  
que el sentido habita siempre al raso  
como lo hacen el yo y el colibrí.  
Ningún significado tiene aquí  
la luz casi nublada del ocaso  
ni la sintaxis con que cada caso  
deja su sombra escrita por ahí.  
Aquí, aquí, aquí  
estamos de visita o de paso  
mientras un dios se bebe nuestro vaso  
y lo arroja, vacío, por ahí.  
La tinta de la vida no es añil.  
Su único sentido es el fracaso:  
hundirse en la penumbra paso a paso  
y florecer en mayo —o en abril—  
sin saber por qué no ni por qué sí  
la nada va guiando nuestros pasos  
por la delgada luz de los ocasos  
hasta la negra línea carmesí.

\* «El colibrí atardece» es un verso de Ernestina de Champourcín.

(De *Colección de tapices*, 2008)

## EL TIEMPO DEL DIAMANTE

Mirar todas las cosas transformadas  
en la quietud profunda del instante.  
Verlas dentro de él petrificadas  
en su móvil distancia equidistante.

Escucharlas caer precipitadas  
en la nada unísona sonante  
y volverlas a oír resucitadas  
en el vivo destello del diamante.

(De *Actos de habla*, 2009)

## YOYEAR

Establecí mi patria en las palabras  
y mi cuerpo también:  
fijé mi vida sobre ellas  
y quise ser lo mismo  
que ellas habían sido para mí:  
un cuerpo claro que me reflejara  
el otro mundo que sólo a veces es  
el otro mundo claro  
por demasiado oscuro  
en el que lentas luces indirectas  
iluminan el fósforo fugaz de nuestro yo,  
ese que sólo brilla en la quietud  
del fondo lateral del légame  
que apura aquello que produce:  
el espejismo explícito  
de formas que parecen  
no tanto figuras egomórficas  
como actos de habla de alguien  
condenado inevitablemente a yoyear,  
a producir remedos  
de un discurso sin lengua,  
interrumpido siempre  
por el agua y que disuelve  
las acuarelas de su nada pura  
cada vez que una pausa de sentido  
se convierte en una pausa de dolor  
también.  
¿Cuándo yoyea el yo? Sólo en su pérdida,  
que es cuando camina cabizbajo  
a la sombra o la duda  
de un extraño y constante resplandor.  
Todo se borra menos aquello que lo anula.  
¿De qué, de quién, de dónde  
esta ausencia de yo?  
Yoyea en mí la luz el lomo de un instante.  
¿Yoyeo yo en la nada

o yoyea en mí su resplandor?  
Yoyear de la nada en la vidriera  
de una voz que no ha llegado nunca  
a ser lenguaje.  
Yoyear de la nada en el inexistente  
lenguaje de esa voz  
en la que oigo  
los ecos del latido perpetuo del mundo,  
los ecos del latido mutilado de Dios.  
Los ecos, pues, del eco.  
Ego: eco. Ego ecco.  
Ego: yo.

(De *Actos de habla*, 2009)

## EL JUGADOR DE PÓKER

Crecía como el mar también el cielo  
derrotado y hermoso  
de nuestra juventud.  
Aún veo el ritmo lejano de sus barcas  
moverse al son undoso de aquel tiempo  
que me cuesta creer que, como yo, existió.  
Retengo  
no su realidad, pero sí sus imágenes  
y por ellas —o mejor: por el recuerdo de ellas—  
reconozco a alguien que, en cierto modo,  
me recuerda a mí:  
es más delgado y joven, pero se me parece  
e incluso puede que sea o que haya sido  
también el que fui yo.  
Por eso puedo hablarle, aunque él no me escuche:  
pertenece a otro tiempo en el que yo no era  
el mismo que ahora soy.  
El tiempo palidece cada vez que lo cercan  
impresiones difusas  
que ponen sobre el fieltro de un tapete cambiante  
las diluidas cartas de una no menos  
difusa identidad. Bajo una vela fúnebre  
se mueven luz y sombra  
y todos los presentes se borran en el lienzo  
de un único pincel  
que sólo la memoria retiene algunas veces  
y que anula todo vestigio de color:  
craquela el tiempo la visión del mundo  
y sobre los desconchados de la estancia  
se extiende sólo el agua mortuoria  
que humedece el suelo de las habitaciones  
y amenaza la base de los muros y ángulos  
de lo que antes pudo ser pared.  
Todo se mueve y cada jugador dispone  
el breve abanico de sus cartas  
aun sabiendo que el juego de la vida consiste

en el manejo de las posiciones  
y en la composición de rápidas figuras  
que cada jugador acaba por perder.  
En el undoso movimiento de las barcas  
crece el mar como el cielo  
de nuestra derrotada y hermosa juventud.  
¿Qué ritmo mueve la mortecina luz de la memoria?  
¿Qué tenue sombra hace que el craquelado lienzo  
de la vida siempre esté dentro de su morir?  
Sólo morir o algo que fluye sobre el tiempo  
y que deja su encaje de rocío o de escarcha  
sobre el que la belleza muestra  
la arquitectura de su fragilidad.  
Un instante sin tiempo bastaría  
para que todo el proceso de la nada  
reiniciase su nunca interrumpida  
y fúnebre marcha triunfal.  
Pero el yo entonces dónde.  
Mirad el cuadro: ya no tiene ni marco  
ni lienzo ni línea ni sombra ni pared.  
Mirad el cuadro de la nada perpetua  
diluirse en el tiempo del movimiento de las cartas.  
¿Es la nada lo único que la nada nos da?  
¿Es la vida la rosa de la nada?  
¿Es la muerte la espina  
con que nos sigue hiriendo su invisible rosal?  
En el tapete de esta noche última,  
¿qué nada me traerán mis pobres cartas  
y, sobre todo, qué es lo que todavía me queda por  
jugar?  
No me fían ni el tiempo ni la banca  
y el fieltro de la mesa no acompaña  
perdido, como el humo en el aire,  
en los gastados relieves de su rugosidad.

(De *Actos de habla*, 2009)



## RETRATO DE AUSENTES

*A Gaetano Chiappini*

Cómo eran, Dios mío, las sesiones de cine improvisadas dentro de las casas con películas «del Gordo y del Flaco», de «Jaimito» y de aquel pobre idiota llamado «Tomasín».

Padres, tíos y abuelos rememoraban ideales momentos de infancia o juventud, mientras un aire turbio, de triste blanco y negro, llenaba el espacio, no menos triste acaso, de aquella habitación.

A las seis o las siete los domingos de las tardes de invierno el cine era un minúsculo zoo donde un tiempo irreal superaba el histórico con las nostalgias, en los mayores irredentas, de un pasado más puro, más pleno o más feliz. Yo no tenía los suficientes años aún para saberlo, pero ya entonces me aburrían aquellas carcajadas proferidas por el insulso pretil de tantas bocas que, con restos aún de la merienda entre los dientes, intentaban combatir a cualquier precio la miseria de la mentira, el silencio y la desolación. Ahora que aquellas viejas máquinas de cine han desaparecido de las casas, como casi todos mis mayores que hacían posible aquella proyección, me ha venido a la mente su memoria al ver una de ellas en una de esas salas de subastas que renuevan el tiempo y, con él, la simultaneidad de ejes del dolor. Vuelvo a ver las películas y, más que a ellas, veo la oscuridad

de cuanto funda todo tiempo presente  
mientras la nada de las cosas teje  
una no menos falsa claridad:  
ésta con la que miro  
aquel tiempo pasado hecho presente ahora  
por una concreta coincidencia  
basada en una fugaz asociación.  
Tal vez lo que ahora pienso  
de aquellas tristes tardes de domingo de invierno  
no era del todo así, y soy víctima  
de otra más de las trampas del tiempo  
que añade a lo ya sido  
el óxido también de lo que no pasó.  
Tal vez sólo por eso recuerdo hoy  
las tristes tardes de domingo de invierno  
que duraban acaso demasiado  
o, al menos, tanto como todavía las recuerdo  
en el espacio mudo e irreal del péndulo  
en el que la memoria las proyecta  
sobre el débil lienzo de la imaginación.  
Lo que hay en la memoria es la nada del mundo.  
Lo que somos no conoce otra voz.  
Su música nos llama, pero no nos responde:  
cuando llega a nosotros aquel no es nuestro yo.  
Ya no nos pertenecen  
aquellas tristes tardes de domingo de invierno  
en las que el cine improvisado dentro de las casas  
era un subterfugio  
para huir del monótono ritmo de los días  
y conjurar otra realidad,  
que no era exactamente la del cine  
sino la que imaginábamos nosotros  
bajo el torpe correr del celuloide  
a la luz de unas lámparas de cristal color plata  
que encendían dentro de nosotros  
una multiforme y difusa ilusión  
de que algo nuevo y distinto  
iba allí de pronto a suceder.  
Pero nunca pasaba nada,

nunca pasa nada  
salvo las ilusiones que ponemos  
en eso que se supone va a pasar.  
Por razones que ignoro y no vienen al caso  
aquellas viejas máquinas de cine  
fueron siendo sustituidas poco a poco  
por la televisión  
y se inició así la decadencia  
de aquella infancia mía  
antes de convertirse en juventud.  
No sé por qué recuerdo esto  
esta mañana, cerca de Florencia,  
donde todo es de oro  
y millones de ángeles  
alancean el aire  
con un sinfín de alas  
que hieren la visión.  
Ignoro qué registro tenemos de las cosas,  
pero algunas perduran en nosotros  
como, en el verano,  
los fáciles compases de una trivial canción.  
Las conservamos  
y en un momento dado afloran de su pecio  
desde el olvido en el que permanecen  
como tantos objetos de la vida  
y como las vivencias que les dieron  
su antiguo resplandor.  
Todo está vivo y muerto al mismo tiempo.  
Todo fluye por un río sin fin.  
Nada comienza:  
lo que digo y yo ya estamos muertos  
como lo están estas tardes de cine  
que, a la luz de aquellas viejas máquinas  
que nos lo proyectaban,  
esta mañana, cerca de Florencia,  
he vuelto no sé por qué a recordar.  
Será que la memoria tiene su vida propia  
y que la nuestra se pliega a sus caprichos  
que, a su imagen, componen nuestra realidad.

Nos pueblan los fantasmas  
como sombras de un cuadro imaginario  
en el que se refleja  
lo único real que nos pasó.  
Aquellas largas tardes de domingo de invierno  
en las que vimos proyectadas  
en las cómicas figuras de otro tiempo  
la pantalla perdida para siempre  
de la única vida que merece vivirse:  
la de los dulces días de la imaginación.  
El resto es calderilla y en muy poco consiste,  
pero esa otra vida, de la que ahora hablamos,  
¿dónde transcurre, dónde  
si no es en el yo,  
ese lugar vacío donde no vive nadie,  
nunca ha vivido nadie  
sino sólo el dolor?  
¿A qué lugares muertos  
su olor nos aproxima?  
¿Qué perfume de tiempo  
hay dentro de su olor?  
Como una tumba etrusca transcurre la existencia,  
aunque su desarrollo es más bien al revés.  
Las figuras sedentes que nos miran, no hablan:  
comen el oro de los días  
y se beben de un trago su difícil color.  
Nada los turba sino un sol de bronce  
que divide las horas  
según su inútil resplandor.  
Lo que queda de ellas lo baten  
los muertos en la fragua  
y cocinan con ello un líquido fulgor  
donde las piedras sin idioma hablan.  
Nosotros asistimos a su conversación:  
los oímos hablar en la distancia  
y creemos que somos nosotros,  
pero son ellos quienes hablan y hablan sin parar.  
Los escuchamos como en el cine mudo  
se escuchaba la inexistencia misma de las voces

que estaban, como éstas, sonando sin cesar,  
que seguían sonando,  
que siguen todavía sonando  
como éstas.  
Por eso las oímos  
las tardes de domingo de invierno  
como un coro de ánimas  
que sonara y sonara sin cesar.  
¿Y qué es el yo sino un coro de ánimas?  
¿Qué es el yo sino las voces de un vacío lugar  
en el que nunca ha sucedido nada?  
Yo he estado en él  
algunas tardes de invierno en los domingos  
en las que el cine de otro tiempo añadía  
a la lenta miseria de las cosas  
un raro y tibio resplandor: una  
inespecífica nostalgia  
que es tal vez la que siento  
mientras escribo este extraño poema  
en el que vuelvo a estar,  
acaso para siempre,  
dentro y fuera de mí  
como en las tardes de cine  
los domingos de invierno  
cuando aún ignoraba  
la existencia del tiempo  
y no tenía idea de que existiera el yo.  
Exactamente igual que hoy  
que he vuelto a estar fuera del yo  
porque he vuelto a estar también fuera del tiempo.

(De *Actos de habla*, 2009)

## JAZMINES EN FLORENCIA

*A José Luis Rey*

El jazmín es la nieve de Florencia  
y su perfume, la escala musical  
por la que ascienden las hojas  
y las flores de su voz  
que vive sólo en la región del aire  
y la recorre como un río su cauce  
y este olor a tiempo es su caudal.  
¿Qué es lo que fluye por este olor aéreo,  
verde y blanco de siglos  
que han ido tatuando  
de visión y de olfato  
esta ocre pared que ahora miro  
como si un espejo de pronto la borrara  
y el espacio del tiempo  
volviera a concentrarse  
no tanto en ella como en su percepción,  
en lo que en ella he visto  
y nunca más veré:  
este brote de luna vegetal  
en la breve bisagra de los siglos  
mientras la noche que con ella avanza  
va borrando las invisibles huellas  
dejadas en el aire  
por la muerte de quien,  
acaso sin saberlo,  
ve por última vez este jazmín?  
Ya casi es verano,  
pero nieva en Florencia:  
vamos nevando todos sobre ella  
como nieva también sobre nosotros,  
todavía en el aire,  
la espuma ya licuada de Florencia  
reducida de pronto en la memoria  
a ser eterna presencia de un jazmín

sobre el que nieva  
únicamente la sensación del tiempo  
con el cortejo fúnebre de notas  
que todavía siguen exhalando  
la blanquidulce verticalidad de su color.

(De *Actos de habla*, 2009)

## HACIA LA FLOR PERPETUA

No esperes demasiado de la vida:  
es un río de lecho no profundo,  
rápido curso e inútil caudal  
y del que sólo valen la pena los meandros.  
El resto de su cauce carece de interés.  
Así que no te engañes:  
pasea sólo por las aguas que te llevan a ti.  
Sé, como ellas, reflejo de colores  
y piedras transparentes  
donde se copia el cielo de una nube fugaz  
y en las que nada queda sino lo que se pierde,  
lo que contigo va, lo que acaso eres tú:  
la sensación borrosa de la pérdida.  
Pero engáñate a veces,  
sabiendo que te mientes,  
y piensa que la vida es un río  
de cauce muy profundo, lento curso  
y útil discurrir  
en cuyas quietas aguas  
es la inmovilidad quien se refleja  
y en las que, como el nácar rosa  
de una nube en el cielo, se pierde  
la sensación borrosa de la nada  
que a veces se confunde  
con la ficción de nuestra identidad.  
Pero no somos eso  
sino la sombra de una informe  
realidad que miente  
mientras nos diluimos  
en un tiempo perpetuo  
que parece la sucesión de puntos  
en un río que cambia tanto  
como la inmóvil dureza de un cristal.  
Tampoco en otra vida  
dejamos de estar muertos  
porque en ninguna muerte



se deja de vivir.  
La nada tiembla pero no es el tiempo.  
La nada es sólo lo que dice yo:  
esta creciente sensación siempre borrosa  
de estar en las afueras de la vida  
y estar continuamente  
aprendiendo a vivir.  
Dadme la rosa de la nada última  
una de nuevo aún siempre última vez.  
Dadme la sensación borrosa de la nada  
sin la cual no podría ni sabría vivir.  
Devolvedme a lo único que de verdad soy yo:  
devolvedme a la nada  
y soplad después esparciendo en el aire  
la leve lentitud de mi ceniza  
tanto como su pobre espuma líquida  
dispersa pueda  
en la nada del mundo dar de sí.  
Dónde el aroma de la flor perpetua.  
Dónde el único mar del existir.  
Cómo resbala el aire por la voz.  
Cómo resbala la voz por la ceniza.

(De *Actos de habla*, 2009)

## SUCESIÓN DE DESNUDOS

### III

Azul sobre la cama  
blanca, resplandeciente  
caía su pijama  
delante de mi frente.

Era como una llama  
soplada de repente  
lo que su fronda en flama  
encendía en mi mente.

Y todo lo que brama  
y todo lo que siente  
iba de rama en rama  
a dar en mi presente.

Y cómo se derrama  
por la luz lentamente  
la carne de la dama  
desnuda en el poniente.

No sé cómo se llama  
ni sé cuánto me miente:  
sólo sé que me ama  
intermitentemente.

Y sé que me reclama  
su cuerpo iridiscente  
y sé cuánto me inflama  
su cárdena simiente.

Azul sobre la cama  
blanca, resplandeciente  
caía su pijama  
delante de mi frente.

Como en un panorama  
veía de repente  
la rojinegra llama  
de su cielo rompiente

y, en medio de la grama,  
bajar por mi pendiente  
la lengua de la dama  
bajo la luz muriente.

Como en un diorama  
proyectado en mi mente  
veo aún la retama  
caer desde su frente,

resbalar por la cama  
y, acompasadamente,  
diluirse en la llama  
de los dos juntamente.

Ardida como un lama,  
desnuda, transparente  
su piel no gime, clama  
abierta por su frente

y allí donde la lama  
en su vello consiente  
se resuelve la trama,  
se disuelve la mente,

porque no hay otro drama  
que dos cuerpos enfrente  
disueltos en la llama  
bajo la luz poniente.

(De *Desnudos y acuarelas*, 2009)

## PLAZA DE SAN PEDRO EN FARO

*A Manuela y Nuno Judice*

En esta plaza de San Pedro en Faro llueve  
no se sabe si flores o si pájaros.  
Junio extiende su tinta sobre el suelo  
como la sombra el sol en el espacio  
y la muerte aparece en la penumbra  
como el óxido en las cadenas de los barcos.  
Flota en un ritmo lento la mañana  
mientras todo se va emborronando:  
esta visión del día es otro día,  
y este ahora borroso antes fue claro.  
Desaparece todo lo que veo:  
se abisma en la región de lo lejano  
y yo me voy quedando en esta plaza  
como un lento jardín difuminado  
donde podré perderme o me he perdido,  
donde podré buscarme y ser hallado  
no en este lado de la plaza, no en otro  
como el líquido vuelo de los pájaros  
que se beben la tinta de la tarde  
y atraviesan sus sombras muy despacio.  
Como ellos en mí, así atardezco  
en esta plaza de San Pedro en Faro:  
cuando vuelva la luz seremos sólo,  
como estas flores y como estos pájaros,  
una lluvia de nácar violeta  
en esta plaza de San Pedro en Faro.

*(De Desnudos y acuarelas, 2009)*

## NOTA BIOGRÁFICA

**Jaime Siles** (Valencia, 1951). Doctor en Filología Clásica por la Universidad de Salamanca. Actualmente es catedrático de Filología Latina en la Universidad de Valencia y presidente de la Sociedad Española de Estudios Clásicos. En 1973 obtuvo el Premio Ocnos; en 1983, el Premio de la Crítica de País Valenciano y el Premio de la Crítica Nacional; en 1989, el Premio Internacional Loewe de Poesía; y, en 1998, el I Premio Internacional Generación del 27. En el año 2003 fue distinguido con el Premio Teresa de Ávila concedido al conjunto de su obra y, en 2004, con el Premio de las Letras Valencianas. En 2008 sus libros *Colección de tapices* y *Actos de habla* obtuvieron el Premio Nacional José Hierro y el Premio Internacional Ciudad de Torrevieja, respectivamente. En 2009 recibió el Premio Tiflos por *Desnudos y acuarelas*. Ha sido crítico en la revista *Blanco y Negro*, en *La Razón* y en *El Cultural de El Mundo*, y actualmente lo es de *ABCD*. Es Académico de Número de la Real Academia de Cultura Valenciana, Académico Correspondiente de la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos y Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia.

